

mo religioso en un ambiente de maravillosa riqueza imaginativa, juego de símbolos, metáforas, música, baile y una sensualidad vigorosa y telúrica. En el cuento «La vida suave» muere un negro; en el velorio, los amigos dan vueltas alrededor del cadáver: «E, caretejo vira, caretó. ¡Ay, careteya vira! Rezaron Padre Nuestro y Ave María. Cantaron: 'Embámbéle, embámbéle y tú-tú Bamba, embámbéle'».

—¡Ay, Imbariya, ta amimiam túmba, Aínbariya!

(Dios, mira mi hermano de cuerpo presente.)

Contaron historias los viejos hasta que cantó el gallo...»<sup>8</sup>.

Hay ocasiones en que para darnos la fecha de determinados acontecimientos acude al calendario religioso-católico. Tigre no se comerá a Hicotea hasta el día de «San Isidro Labrador»; Serapio encuentra a «Cazuelita Cociná-Bueno» en la loma de Mambiala, «el Domingo de Ramos». El ambiente religioso y el paisaje aparecen penetrados por la sensualidad. A Changó (Santa Bárbara) «le gustó Ochún (la Caridad del Cobre) en la tierra de Ochún, la lucumí. La conquistó bailándole, y ella en seguida le dijo que sí y vivieron juntos. Y un día, Ochún le dice a su hermana mayor, Yemayá (Nuestra Señora de Regla): '¡Si vieras el negro que yo tengo, se te ponían los dientes largos!'»<sup>9</sup>. Yemayá era «mujer de Orula (San Francisco de Asís)» y estaba siempre celosa de Ochún. Orula vivía en un pozo, y «Ochún se metía en el pozo»<sup>10</sup>. Sensuales y atractivas son las negras y mulatas de estos *Cuentos*, y los negros, «hombres jóvenes, fornidos, elegantemente desnudos». Sensual es la negra Dolé, quien aun después de muerta ejercerá tal atracción sobre Capinche, que la noche del velorio, el negro, desesperado, «deshizo el sudario. Se echó encima del cadáver. La estrujaba, la besaba en la boca, era una culebra revolviéndose en el cuerpo de Dolé»:

«—¡Ah, cumari, mi cumari, que me gusta mi cumari!

¿Vamo a timbé, cumari...

... las mujeres, horripiladas, se cubrieron los ojos con sus mantos; y las que no tenían mantos, se subieron las faldas a la cabeza...»<sup>11</sup>.

Lydia comunica al lector la sensación de que sus personajes viven en un estado paradisiaco colocado más allá del bien y del mal, donde, por supuesto, no existe el concepto del pecado. Recordemos los años de formación de la autora, sus estudios del arte oriental y sus religiones, especialmente el budismo, así como la herencia de los pensadores alemanes de aquella época, en su tentativa de sostener una religión sin dog-

<sup>8</sup> LYDIA CABRERA: *Cuentos negros de Cuba*, Madrid, Colección del Chicherekú, 1972, pág. 105.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 67.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 90.

mas que los más liberales interpretaron como un acercamiento a las fuentes primitivas: el hombre debía estar unido a Dios no por medio de una iglesia, sino de una manera personal y libre. Hay en estas narraciones cierta nostalgia por el pasado, una especie de recreación o vuelta a los orígenes africanos, sus cultos fantásticos y sus conjuros mágicos, presentados en un ambiente de cantos lucumí, ritmos de danzas y provocadora sensualidad.

En sus libros de investigación folklórica ha procurado siempre «deslindar en el mapa místico de las influencias continentales heredadas, las dos áreas más importantes y persistentes: la lucumí y la conga (yoruba y bantú), confundidas largo tiempo por los profanos y que se suelen catalogar bajo un título erróneo e impreciso: «Ñañiguismo»<sup>12</sup>. Su labor no se limita a transmitirnos fichas acumuladas a través de los años; en estas obras predomina una intención estética, de ahí que Roger Bastide afirmara que en *El Monte* logró hacer de «un herbario de plantas medicinales o mágicas, un libro extraordinario, en el que las flores secas se convierten en danzas de jóvenes arrebatadas por los dioses y en el que de las hojas recogidas se desprende todo el perfume embrujador de los trópicos»<sup>13</sup>. Pierre Verger dice que con *Yemayá y Ochún* nos «abre un mundo encantado, el de las aguas primordiales, las saladas y las dulces, puestas por los lucumí bajo la potestad de estas divinidades»<sup>14</sup>. Leemos: «Sin agua no hay vida. De Yemayá nació la vida. Y del mar nació el Santo, el Caracol, el Ocha verdadero. El Santo que primero habló y le dijo a los hombres lo que podían hacer»<sup>15</sup>. Yemayá es quien dio a luz a la luna y al sol, de su vientre salió todo lo que existe y alienta sobre la tierra. Ochún, su hermana menor, a quien Yemayá «crió a sus pechos», es la dueña del río, del coral y del ámbar. Nos da los diferentes nombres de Yemayá, explicándonos que no hay más que una, «una sola Yemayá, con siete caminos». Ochún es también una y múltiple. Análoga explicación ofrece la Iglesia católica sobre las diferentes advocaciones de la Virgen María.

Explica cómo nuestros pueblos creen que la vida «hay que protegerla por medios mágicos, y que cuanto les ocurre, cuanto les preocupa o proyectan, lo consultan con el adivino: el Babalocha o el Babalawo». Cada persona está bajo la protección de un oricha; ahora bien, no se escoge al oricha, son ellos quienes eligen a los hombres. Destaca la importancia que tiene para los lucumí el sueño: «Eleguá provoca frecuentemente los sueños en sus hijos». Es el sueño el medio de comuni-

<sup>12</sup> *El Monte*, op. cit., pág. 8.

<sup>13</sup> LYDIA CABRERA: «Prólogo» de ROGER BASTIDE, *Anagó, vocabulario lucumí*, Miami, Colección del Chicherekú, 1957, pág. 7.

<sup>14</sup> LYDIA CABRERA (contraportada: Pierre Verger): *Yemayá y Ochún*, prólogo y bibliografía de Rosario Hiriart, Madrid-Nueva York, Torres, 2.ª edición, 1980.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 21.

cación que emplean los orichas, los espíritus, para «ponerse en contacto con los vivos, es decir, ‘con el alma de los vivos’». Al ocuparse de la imposición de los *ilekes*, collares, vemos que éstos cumplen la misma función que en la religión católica le adjudican los creyentes a los detentes y escapularios: protectores contra determinados males o peligros. En la adoración a Yemayá y Ochún dedica especial atención a «las piedras». A las piedras se les transmite poder mediante un proceso ritual; estas piedras «han de estar vivas..., ha de verificarse que las anima una fuerza sobrenatural, la de un oricha. Pues hay *piedras muertas*, en las que no se encierra un poder inmanente»<sup>16</sup>. Cuatro son las piedras que sirven de base a Obatalá. Cuatro o seis a Changó. Siete son las de Yemayá y cinco las de Ochún. Yemayá y Ochún, como otros orichas, tienen sus platos y animales favoritos. En el capítulo final de este libro: «La entrega. El último rito. Itutu»<sup>17</sup>, nos presenta a la muerte no como final, sino como continuación en otro plano de la vida. Existe una unidad entre el mundo de los vivos y los muertos, una especie de interacción donde los segundos influyen sobre los primeros, ayudándoles o castigándoles. De nuevo tenemos la misma relación entre lo que la Iglesia católica denomina: iglesia militante, iglesia purgante e iglesia triunfante.

Para concluir, digamos que Lydia Cabrera continúa la labor iniciada por Fernando Ortiz en cuanto a romper con los prejuicios de mal entendida cultura, que pretendían, y en ocasiones aún pretenden hoy, ocultar o no ocuparse de aquellos sectores menos cultivados de nuestra tradición, repudiando el llamado colonialismo cultural, que había mantenido una dependencia literaria y artística de Europa. Muchos consideran la obra literaria de esta mujer como «popular», acaso porque sus libros registran temas del folklora negro. En sus trabajos, lo popular es el resultado de largas y complejas reflexiones estéticas. Lydia consigue crear en cada uno de sus libros de investigación la estructura verbal adecuada capaz de dotar de calidad artística el contenido de su obra. Lo que realmente me interesa señalar es la transformación que la autora ha logrado darle a esos materiales de su experiencia, a los cuales, por virtud de su arte literario, ha dotado de una configuración de lenguaje que le permitirá conferirles cierta autonomía frente a la contingencia histórica, para lograr así extraerlos de la corriente del tiempo y preservarlos.

Lydia Cabrera, por medio de sus obras, nos lleva al conocimiento de la presencia africana en nuestra cultura, «presencia que no se manifiesta exclusivamente en la coloración de la piel». Nuestro pueblo es «heredero de dos legados culturales: el español y el africano». Sus

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 266.

<sup>17</sup> *Ibid.*, págs. 342-359.